

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XIII

LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO

Mientras el ejército francés al mando del general De Lorencez se preparaba con jactancia en el pueblo de Amozoc para obtener una fácil victoria sobre los despreciados mexicanos en Puebla, y los traidores corrían hacia cada centro secreto de traición en el país para organizar la rebelión, el general Zaragoza llamó a sus oficiales para que se reunieran en Puebla y les dijo que la resistencia que habían presentado hasta ese momento a los invasores era insignificante, aunque el gobierno había hecho todos los esfuerzos para equipar al ejército de la manera más eficiente posible bajo las difíciles circunstancias en que estaba el país, debido a los largos años de conflictos intestinos. Pero en todo caso, sería vergonzoso que un puñado de soldados extranjeros –no mucho mayor que un grupo de reconocimiento, considerando el tamaño del país– llegara a la capital de la república sin encontrar una oposición a su avance de manera apropiada para un país de más de 8 000 000 de habitantes. Por consiguiente, pedía encarecidamente a todos los presentes que lucharan hasta el último aliento, de manera que si no alcanzaban la victoria, lo cual difícilmente se esperaba, considerando que carecían de todo lo que constituía un ejército efectivo, cuando menos podrían

sucumbir con dignidad, agotando todas las posibilidades en el bando mexicano, y reservando el tiempo para preparar las medidas defensivas en el interior del país, de modo que si el enemigo sufría graves pérdidas se viera obligado a ocupar sus cuarteles en Puebla, donde los mexicanos, aunque derrotados, pudieran seguir hostigándolos.

El pequeño ejército mexicano se entregó con energía a los preparativos para la defensa de la ciudad. El general Díaz, quien había sido el más afectado en el contacto con los invasores, fue el segundo en la línea de mando en una batalla que los mexicanos conmemoran todos los años alrededor del mundo.

Las fuerzas comandadas por el general Negrete ocuparon los cerros de Guadalupe y Loreto, a las afueras de la ciudad. El general Díaz, con su propia brigada y las fuerzas de los generales Berriozábal, Lamadrid y Álvarez, ocuparon una posición en la ladrillera, que era el último edificio de la ciudad sobre el camino a Amozoc. Allí era el punto donde se esperaba el ataque francés. Díaz se puso al mando para ser el primero en enfrentarse a la ofensiva de los veteranos franceses.

Los invasores atacaron Puebla en la mañana del 5 de mayo de 1862, con más de 5000 hombres.

Desviándose del camino a Amozoc, inesperadamente formaron una línea de batalla de frente a los cerros de Loreto y Guadalupe y abrieron fuego con artillería, siguiendo el ataque con una fuerte columna de infantería, que cargó contra los cerros. Fue entonces que el general Zaragoza envió las brigadas de los generales Berriozábal y Lamadrid a reforzar a las tropas mexicanas en los cerros. La columna francesa quedó expuesta al fuego de artillería de ambos fuertes y recibió una descarga completa de la brigada de Berriozábal. El fuego mexicano fue tan intenso que los franceses retrocedieron en medio de la confusión, recibiendo el ataque en su flanco por el batallón de Veracruz y una fuerza de indígenas montañeses de Puebla, vistiendo todavía su pintoresca indumentaria autóctona.

El general francés, quien atestiguó desde sus baterías la derrota de su primera columna, mandó una segunda, que se unió a la primera. La fuerza completa avanzó de frente contra el cerro de Guadalupe, y

cargaron con tal valor que brincaron los fosos situados al pie del fuerte y, trepando unos sobre los hombros de los otros, intentaron escalar las trincheras. Los franceses estaban tan decididos a tomar el fuerte que se agarraron de las bocas salientes de los cañones mexicanos al impulsarse hacia arriba. Los artilleros mexicanos no tenían armas pequeñas, las cuales se habían distribuido entre la infantería, pero en esa situación crítica le partieron el cráneo a los invasores con escobillones y palancas.

Por último, bajo el fuego mexicano concentrado, las dos columnas francesas se vieron obligadas a bajar el cerro en desorden. Ésta fue la primera respuesta de la república a la declaración de los traidores conservadores quienes dijeron que el pueblo de México esparciría flores a los pies de las tropas de Napoleón.

Cuando los franceses hicieron su segundo asalto, el general De Lorencez hizo avanzar a una fuerza grande de marinos, cazadores de África y cazadores de Vincennes, y la envió con el brillo de los colores y la luminosidad del acero, cruzando el llano y los campos de cebada a atacar al general Díaz en el camino de carretas; pero cuando los franceses se acercaron y recibieron el fuego unificado de las tropas de éste, dieron media vuelta y huyeron. Díaz ordenó a su hermano cargar con sable, pero una zanja impenetrable salvó a los franceses, quienes al juntarse con sus camaradas que fueron rechazados en el fuerte de Guadalupe, dieron la vuelta y ofrecieron una resistencia tenaz. Díaz avanzó, y el enemigo retrocedió, aunque seguía luchando. Persiguió al enemigo más allá del alcance del cañón de Guadalupe. Un capitán ebrio le trajo un mensaje del comandante en jefe, ordenándole que suspendiera la persecución. Después de escuchar al mensajero achispado, Díaz rehusó obedecer la orden y declaró que él explicaría su conducta.

Ese día la bandera del batallón de Oaxaca la llevaba un soldado que recibió un tiro en el corazón. Un teniente la tomó de las manos del muerto y la hizo ondear en el aire. A él también le dieron un tiro en la cabeza y cayó, sujetando el estandarte entre sus brazos. Un tercer hombre recogió la bandera y ésta siguió agitándose en la brigada de Díaz.

El jefe de estado mayor del general Zaragoza llegó ante Díaz y declaró que si no obedecía la orden de abandonar la persecución de los

franceses le harían corte marcial. El oaxaqueño explicó que el enemigo, aunque marchaba en retroceso, todavía peleaba y que si él daba media vuelta a esa distancia del fuerte y del resto de las fuerzas mexicanas, el enemigo sin duda regresaría y haría un ataque decidido. Insistió en aguardar hasta que oscureciera antes de regresar y el jefe estuvo de acuerdo con su idea.

Este fue el final de una batalla en que los franceses salieron completamente derrotados, con una pérdida de más de mil hombres entre muertos y heridos. El resultado de la primera vez que realmente midieron armas Napoleón y la república mexicana fue celebrado en todas las ciudades y poblaciones del país. Europa quedó asombrada por las noticias y a Napoleón lo dejaron anonadado. No obstante, a no ser porque Zaragoza tuvo que mandar las brigadas de O'Horan y Carbajal a lidiar con los renegados mexicanos rebeldes concentrados en Atlixco y Matamoros, es casi un hecho que los mexicanos habrían hecho trizas al ejército francés.

La victoria fue tan inesperada, —dice el presidente Díaz—, que resultó una total sorpresa y me pareció como una novela. Esa noche recorrí el campo de batalla para asegurarme de que todo era real, contemplando el testimonio silencioso de los muertos de ambos bandos, escuchando hablar a nuestros hombres sentados alrededor de sus hogueras y alcanzando a ver las luces distantes del campamento enemigo.

El general De Lorencez estaba furioso. Tanto el ministro francés, M. Saligny, como el traidor Almonte, le había asegurado que todo lo que tenía que hacer era avanzar resueltamente hacia el interior del país y el pueblo de México recibiría a sus soldados con los brazos abiertos, ya que se oponía a Juárez y su gobierno, y lanzaría flores a sus salvadores extranjeros. Expresó su indignación en una proclama dirigida a las fuerzas francesas derrotadas:

¡Soldados! Su marcha hacia la ciudad de México fue detenida por obstáculos materiales que ustedes no tenían motivos para esperar,

considerando lo que se les había dicho. Una y otra vez les aseguraron que la ciudad de Puebla estaba ansiosa de contar con su presencia y que su pueblo saldría en tropel a su encuentro, llevando guirnaldas de flores. Basados en estas descripciones engañosas nos presentamos ante la ciudad de Puebla.

El Obispo de Puebla expresó los sentimientos de la Iglesia al prohibir a los sacerdotes administrar los últimos sacramentos a los soldados mexicanos agonizantes.

A pesar de todas las provocaciones, el gobierno mexicano regresó a todos los prisioneros franceses aprehendidos en Puebla e incluso les dio dinero para sus gastos en el camino de regreso a sus propias líneas.

Pero en Europa insistían en la campaña de difamación en contra de la república de manera más cruel que nunca; la tolerancia y la cortesía mexicanas se interpretaban como prueba de una astucia bárbara. Sólo unas semanas después, por ejemplo, el duque de Tetuán tuvo la audacia de leer en voz alta en las Cortes españolas una carta de Zuloaga donde decía que Juárez intentaba “exterminar a toda la población blanca de México.”

Después de la hiriente derrota en Puebla, los franceses permanecieron dos días en Los Álamos, a unas ocho millas de Puebla, donde De Lorencez esperaba que se le uniera el ejército del traidor Márquez, pero éste no llegó. O’Horan, quien lo había perseguido, llegó a Puebla con 1 500 hombres para auxiliar a Zaragoza, cuyas fuerzas también se fortalecieron con el arribo del general Antillón, con 3 000 hombres de la brigada de Guanajuato, que habían marchado al rescate cruzando las montañas desde el interior.

De este modo el orgulloso general francés, quien se había declarado amo de México, retrocedió a toda velocidad a Orizaba. Lo perseguían los mexicanos, pero llegó a salvo a esa ciudad el 18 de mayo. Allí se enteró por el propio Márquez que 2 500 jinetes conservadores estaban cerca, pero los amenazaba la fuerza liberal al mando del general Tapia. El general De Lorencez mandó una columna francesa a auxiliar a los hombres de Márquez, y cuando el general Tapia estaba a punto de obtener la victoria para la república, los refuerzos franceses modificaron

el curso de la batalla y derrotaron a los liberales. Así fue como se unieron las fuerzas de los franceses invasores y los mexicanos traidores, y desde ese momento, a los líderes conservadores se les reconoció como subordinados de los franceses.

Otra derrota del ejército republicano se produjo la noche del 13 de junio, cuando una fuerza mexicana que había sido enviada a reconocer la posición del enemigo en Orizaba fue sorprendida en un cerro cercano a la ciudad. Un joven capitán francés, con unos 300 soldados, tomó una posición ocupada por una división completa de los mexicanos. Éstos perdieron 400 hombres entre muertos y heridos y los franceses capturaron muchos prisioneros y 7 cañones.

Este desastre, debido al agotamiento de las tropas mexicanas y a la falta de protección contra un ataque nocturno, desbarató por completo el plan mexicano de capturar Orizaba y empujar a los franceses al mar antes de que Napoleón pudiera mandar más ayuda. Al día siguiente, después de cierta lucha, el ejército mexicano se retiró a San Andrés Chalchicomula.

El general Díaz aún no cumplía 32 años, pero su reputación no sólo como combatiente, sino como comandante de extraordinario criterio y habilidad, y de patriota que escapaba a los señuelos de Napoleón, queda de manifiesto por el hecho que después de ocupar tres veces el frente en la resistencia de México a la invasión, ahora lo enviaban a Jalapa para hacerse cargo del gobierno y el mando militar del estado de Veracruz, donde se había establecido el ejército francés.

La respuesta de Napoleón a la derrota del 5 de mayo fue formidable. En septiembre mandó al general Elie Frederic Forey a Veracruz con un ejército fuerte. El general Forey fue uno de los oficiales que ayudó a derrocar a la república francesa y colocar a Napoleón en el poder en 1851, y también era veterano de la guerra de Crimea. Cuando llegó a México, el nuevo comandante francés estaba a la cabeza de 22 500 soldados franceses y cincuenta cañones, además de los 7 000 conservadores mexicanos armados, a las órdenes del temible y cruel Márquez.

Durante los meses en que Napoleón se preparó para mandar a su ejército al corazón de México, el presidente Juárez intentó alistarse para la defensa. Antes del avance del principal ejército de Forey prácticamen-

te sin encontrar resistencia, las fuerzas mexicanas, que descansaban en San Andrés Chalchicomula, retrocedió a la ciudad de Puebla. El 24 de octubre de 1862, Forey llegó a Orizaba.

Los traidores estaban atareados en toda la república. Un día Juárez se vio sobresaltado cuando descubrieron que los conservadores habían intentado robar dos cañones en un cuartel de la propia capital. En el alboroto que siguió a la exposición de esta traición, el presidente decidió llamar al general Díaz que se encontraba en Puebla y darle el mando de las fuerzas republicanas en la ciudad de México. Envío a uno de sus ministros a hacer el ofrecimiento a Díaz, pero el soldado repuso, “no puedo abandonar Puebla ahora. Mi deber es permanecer aquí y luchar contra los franceses.”

De frontera a frontera, de oriente a poniente, en México había gran agitación mientras el ejército francés se desplazaba por ese maravilloso paisaje de montañas y valles que se extiende entre la tierra caliente de la costa y la alta meseta donde se ubican Puebla y la ciudad de México. Fue en este escenario de belleza majestuosa donde Cortés y sus conquistadores avanzaron contra la capital de Moctezuma. Estos mismos valles fueron pisados por el ejército estadounidense en su camino al Castillo de Chapultepec en 1847. Muchas veces los habitantes habían presenciado el curso de la guerra subir y bajar por la belleza verde y florida que convierte en una experiencia inolvidable el trayecto de Veracruz al interior. Pero detrás del rutilante ejército de Forey, había algo terrible que aún no se comprende cabalmente. El siniestro prestigio de la casa Bonaparte en algunos sentidos se mantenía intacto. Napoleón era el archipolítico de la Europa católica, con incontables soldados a su disposición. Podía lanzar a un ejército tras otro contra aquellos que se atrevían a oponérsele.

Francia se despojó de todo disfraz. El general Forey, a la cabeza de sus 30000 hombres incluso abolió al pretendido gobierno de Almonte en un lacónico párrafo publicado en el periódico. Procedió con su tarea de fundar un nuevo imperio con un alegre orgullo y confianza que parecían sorprendentes habida cuenta de lo que sucedería a la larga. Sin embargo, ¿quién podía esperar que un soldado que servía a un jefe como Napoleón

III se diera cuenta de que las naciones no se fabrican, sino se desarrollan y que el amor a la independencia, una vez que habita en los corazones de todo un pueblo, no puede desplazarse en una o dos batallas?

En una proclama forzada, Forey anunció que había venido a “liberar a México de la demagogia despótica de Benito Juárez, contra quien estaba haciendo la guerra, y no contra la nación mexicana”. Meses antes, un De Lorencez más triste y más prudente escribió a su gobierno desde Orizaba: “Aquí nadie desea una monarquía, ni siquiera los reaccionarios. Los mexicanos preferirían que los absorbieran los estadounidenses. No hay en México ni un partidario de la monarquía. La ocupación francesa de muchos años apenas sería suficiente para reducir al pueblo a la sumisión.”

Con la enseñanza obtenida a partir de la amarga experiencia de su predecesor, Forey se movió lentamente y con gran parsimonia, y no fue sino hasta el 16 de marzo de 1863 cuando los franceses llegaron a las puertas de la ciudad de Puebla. Forey arribó al día siguiente, asumió el mando de sus 30 000 hombres y se preparó para atacar la ciudad, a la cual defendían sólo 16 000 soldados mexicanos.

Mientras tanto las fuerzas mexicanas, que rondaban entre Veracruz y la capital, confiscaron las cartas dirigidas a Jecker, el aventurero estafador cuyos \$15 000 000 en bonos formaban parte de la excusa de Napoleón para atacar México, y quien tenía una alianza secreta con el hermanastro ilegítimo de Napoleón, el Duc de Morny. Estas cartas revelaban gran parte de la conspiración contra México y prometían el envío de 45 000 hombres para sojuzgar a la república. El presidente Juárez ordenó de inmediato el arresto y exilio de Jecker y sus compañeros de confabulación. Con Forey y sus 30 000 soldados poniendo cerco a la desventurada ciudad de Puebla, es interesante leer la carta que Napoleón escribió al comandante en jefe de sus fuerzas el 3 de julio de 1862, más de ocho meses antes:

No faltarán los que le pregunten por qué destinamos hombres y recursos para fundar un gobierno regular en México. En el estado actual de la civilización en el mundo, la prosperidad de los Estados Unidos no es cuestión de indiferencia para Europa, porque es el

país que alimenta nuestras manufacturas e impulsa nuestro comercio. Nos interesa que esa república sea poderosa y próspera, pero no que se apodere de todo el Golfo de México, dominando desde allí las Antillas y América del Sur, y que sea el único surtidor de productos del Nuevo Mundo. La triste experiencia nos enseña lo precaria que es la suerte de una rama de las manufacturas que se ve obligada a producir su materia prima en un solo mercado, teniendo que soportar todas sus vicisitudes. Por el contrario, si México mantiene su independencia y la integridad del territorio, si se establece un gobierno sólido con la ayuda de Francia, le habremos restaurado a la raza latina del otro lado del Atlántico toda su fuerza y prestigio; habremos garantizado la seguridad para nuestras colonias antillanas y para las de España; habremos establecido una influencia amistosa en la América Central y esa influencia, al crear numerosos mercados para nuestro comercio, nos proporcionará las materias primas imprescindibles para nuestras manufacturas. Regenerado de esta manera, México siempre mostrará una buena disposición hacia nosotros, no sólo por gratitud, sino porque sus intereses estarán acordes con los nuestros y porque encontrará apoyo en sus relaciones amistosas con las potencias europeas. Por lo tanto, en la actualidad, con nuestro honor militar comprometido, las necesidades de nuestra política, los intereses de nuestra industria y comercio, todo se combina para que sea nuestro deber marchar sobre México, para colocar con audacia nuestra bandera allí, y establecer ya sea una monarquía, si no es incompatible con el sentir nacional, o cuando menos un gobierno que prometa cierta estabilidad.